

conjunto de películas eróticas, corre el peligro de confundirse con ella, siendo, muy al contrario, una sátira y un análisis de ese consumismo de productos supuestamente liberadores. El protagonista de "El mirlo macho" es un hombre reducido a la mediocridad por su medio ambiente, limitado al anonimato (nadie recuerda nunca su nombre, a pesar de tener un apellido tan sonoro como Vivaldi) y conducido, pues, a una vida monótona y oscura. Siendo violoncelista, Vivaldi necesita, por el contrario, de cierta popularidad, de estímulos distintos, y al no encontrarlos, aprende a utilizar a su mujer como forma de superar ese desprecio de los demás. Siendo su mujer un posible medio de provocación, Vivaldi no dudará en obligarla a los números más exóticos, delirantes (y, por otro lado, patéticos) que puedan imaginarse. Sus "triumfos" en este terreno irán, por otro lado, acercándole lentamente a la locura, hasta que, finalmente, desaparecerá en el terrorífico anonimato de un manicomio.

La obsesión por el sexo, la utilización de la mujer como producto de consumo, la mecánica del consumismo erótico, son aspectos de nuestro mundo que Festa Campanile va deshilvanando en su película, sin perder en ningún momento las exigencias dramáticas de una buena comedia. Porque de esto se trata precisamente: "El mirlo macho" es una divertida historia llena de situaciones imaginativas que no ocultan su sentido último. De hecho, por si hubiera lugar a dudas, Festa Campanile obliga a algunos de sus personajes a describir claramente el "caso" de su protagonista, sin limitarlo por ello a una cuestión privada. De alguna manera, todos tenemos un cierto reflejo en este mirlo macho, obsesionado por el triunfo, por la consideración de los otros y, en definitiva, vencido en la mecánica competitiva de nuestro tiempo.

Nos encontramos de nuevo ante el nada despreciable fenómeno de la comedia italiana (poco analizado quizá, despreciado fácilmente en ocasiones),

donde naturalmente existen muchos títulos mediocres, pero donde también se dan, de vez en cuando, películas que merecen una atención. Entre ellas está la que ahora nos ocupa, aunque sólo sea para, a partir de ella, considerar de nuevo las posibilidades de la comedia, tan alejada de películas de corte trascendente, y en muchos casos más huecas. Es lamentable que "El mirlo macho" no pudiera verse aquí en su día; si es cierto que desde 1971 han pasado bastantes cosas (y el cine, de alguna manera, ha recogido esos cambios. Al menos, en orden a la programación de las salas, España ha sufrido una notable variación) y puede que, en algunos aspectos, pueda parecer "El mirlo macho", una película insuficiente. Es difícil aislar hoy una película del conjunto de las que diariamente se estrenan. Puestos a tener que elegir, quizá no sea éste el título imprescindible a ver. Pero ahí está, de cualquier manera, a quien interese saberlo. ■ D. G.

MUSICA

Moll y los compositores mallorquines

Joan Moll, profesor del Conservatorio y del Instituto Ramón Llull, de Palma de Mallorca, pianista de amplias dotes y sólida formación —que incluye nueve años de estudios con Claudio Arrau—, dedica gran parte de sus actividades como intérprete a la divulgación de las obras de compositores mallorquines. Empresa digna de todo elogio, consideración y apoyo, por mucho que fuera acogida con el más amplio desinterés por el público melómano madrileño, que se ausentó en masa del concierto a su objeto dedicado en el auditorio del Real Conservatorio de Madrid.

Por cierto, que este auditorio tiene unas características acústicas tan especiales, que permite oír perfectamente no sólo lo que suena dentro, sino también cuanto ruido proviene del vestíbulo adyacente, más lo que pasa en la calle —que por pasar esta vez, pasó hasta una manifestación feminista— y algún que otro sonido "underground" —y nunca mejor dicho, porque el principal y más frecuente lo produce el Metro—.

Pero realmente todo esto, aunque no carece de importancia, si resulta muy secundario frente al hecho de que, gracias al recital de Moll, los escasos allí congregados disfrutamos de una música variada y llena de atractivos, y creo que la mayoría descubrimos a un grupo de compositores que, desde luego, merecen un reconocimiento mucho más amplio del que se les otorga, si es que se les otorga alguno. Como no me importa reconocer la propia ignorancia, diré que de ese grupo de compositores, integrado por Guillermo Massot, Miguel Capllonch, Antonio Torrandell, Jaume Mas Porcel, Baltasar Samper y Joan M. Thomas, sólo conocía a Samper como musicólogo y crítico, a Thomas por su relación con Manuel de Falla, y a Torrandell porque lo busqué en el diccionario de Valls Gorina, que a un servidor no le duelen prendas. Por ello, al hecho fundamental del descubrimiento pude añadir un placer que, dado lo monótono y reiterativo de los programas concertísticos al uso —y más en este año Schubert—, ya creía lejos de mí alcance: la sorpresa. Placer que en el concierto de Moll rondó su más alto grado en el "Tema y variaciones", de Capllonch, de un romanticismo genuinamente centro-europeo, y sobre todo en los "Météores", de Jaume Mas Porcel, piezas pianísticas irónicas, llenas de supererancias —lo que es más maravilloso— extraordinariamente breves. Placer de la sorpresa que es el máximo para quien va a los conciertos con el ánimo del dilettante, que quizá no sea el más adecuado, pero siempre es mejor que el del crítico. ■ J. R. R.

Ante "El arte de la fuga"

En repetidas ocasiones he hablado en las páginas de TRIUNFO de "El arte de la fuga", de Juan Sebastián Bach. He recordado en todas ellas que lo que más me llama la atención de esta obra es su carácter anacrónico, su aparición como cumbre y agotamiento de las posibilidades del contrapunto en un momento histórico clave, en el cual la música había dado precisamente en abandonar el contrapunto para dirigirse hacia otros caminos que habían de marcar el Progreso —así, con mayúscula—. Para mí, pues, "El arte de la fuga" valía principalmente en tanto que cuestión perenne, deliberadamente inscrita en un tiempo distinto, un tiempo que, a la vista de lo inútiles que han resultado los intentos de futuros ya pasados —de Chopin a Schoenberg— por retomar su línea, tal vez sea la eterna.

Bien. He tenido que asistir a una interpretación en concierto de "El arte de la fuga" —rara oportunidad, sólo precedida en Madrid por la versión que realizara Scherchen con la Nacional hace ya muchos años—, para darme cuenta de lo parcial, de lo simple de mi punto de vista. Para comprender, en fin, que todos los marasmos explicativos en que se ha perdido cuanta literatura se ha ocupado del tema —salvo la escrita por intérpretes prácticos— son perfectamente inútiles ante el hecho de que frente a "El arte de la fuga" no cabe otra actitud que la de callarse y escuchar algo que todavía no estamos en situación de analizar y que se nos impone, al fin y al cabo, por su belleza. No intento con estas palabras sacralizar "El arte de la fuga": simplemente trato de reconocer nuestra inferioridad ante la obra, ante un ejercicio —un simple ejercicio— tal vez teórico, en el que Juan Sebastián Bach trató de solventar unas dudas y a lo mejor incluso sin darse cuenta de que se habían convertido en existenciales. Por todo lo dicho, mi sensación ante la escucha de "El

arte de la fuga" puede resumirse en una palabra: agradecimiento. Agradecimiento que manifesté ya en privado y ahora hago público desde aquí a los dos intérpretes, Pablo Cano y Gregorio Paniagua. No es necesario que los presente, ni que dé mi opinión sobre cómo se desarrollaron sus actuaciones —asistí tanto a la del Centro Cultural de la Villa de Madrid como a la que al día siguiente tuvo lugar en la Iglesia evangélica alemana—; como de "El arte de la fuga", también he hablado varias veces de ambos músicos en estas páginas, y el lector sabe que no puedo ser objetivo en mi juicio sobre ellos. Pablo Cano me parece el mejor clavecinista de España, y el que no esté de acuerdo conmigo es que no le ha oído interpretar los cánones de "El arte..."; en cuanto a Paniagua, la cuestión es distinta: para mí, nadie como él encarna una concepción de la Música —y vuelvo a poner mayúscula— más integrada con la vida, y más capaz de poner en entredicho esa cosa feísima que se llama Historia de la Música y que las enciclopedias tratan de imponernos como incontrovertible. Para "El arte de la fuga", Gregorio tuvo a bien inventarse uno de sus típicos artilugios, un "violoncello d'amore", híbrido del violoncello piccolo y la viola d'amore; Pablo Cano, por su parte, aportó su propio clavecín, un espléndido Goble de hermosísima sonoridad. Así construyeron un "Arte de la fuga" íntimo, pero lleno de riqueza sonora a poca atención que se le presta: acertaron, pues, en la reconstrucción instrumental, lo que de una interpretación de "El arte de la fuga" —obra que, dígame por enésima vez, no específica instrumentación— es lo mejor que se puede decir.

Hasta aquí, lo subjetivo. Ahora viene una cosa que sí que me parece incontestable, en tanto que está fuera del dominio de la opinión. "El arte de

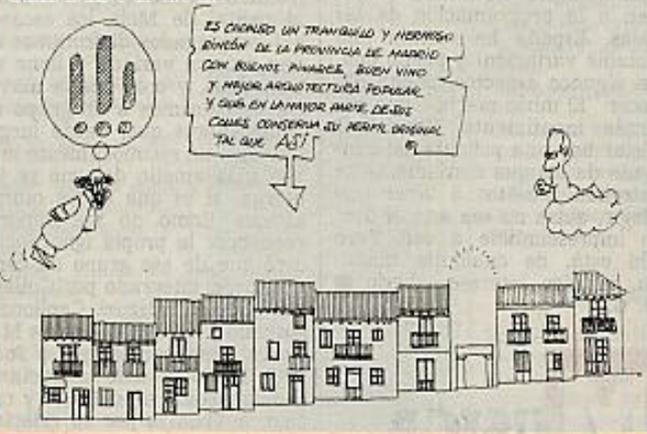
Forges and Peridis

Si a don Antonio Fraguas de Pablo, vecino del pueblo madrileño de Cadalso de los Vidrios, se le está cayendo la casa y encarga a don José María Pérez González, arquitecto, que se la reforme, el asunto no interesaría a casi nadie. Pero si el señor Fraguas de Pablo es Forges y el arquitecto Pérez González es Peridis, la cosa cambia bastante.

Los bocetos del proyecto, realizados por Peridis, y su historia, dibujada por los dos humoristas y amigos, se presentan dentro de la exposición organizada por la Comisión de Cultura del Colegio de Arquitectos de Madrid(*) —el encargado de montar esta vez ha sido el arquitecto Jaime Tarruell—, entidad que periódicamente viene presentando los trabajos más originales y de mayor calidad entre los que se le presentan para su examen reglamentario, evitando de esta forma que pasen inadvertidos tanto a los profesionales de la arquitectura como a los aficionados a la misma.

Se exponen, además, otros dos proyectos: uno de gran envergadura, al Centro Comercial O'Donnell de los arquitectos Salvador Gayerre, Tomás Domínguez del Castillo y Juan Martí Baranda, que estará ubicado en la avenida de la Paz madrileña; el otro, de Carlota Navarro y Gerhard Loch, para la construcción de una vivienda unifamiliar en una urbanización de las afueras de Madrid. ■ CRISTINA RUBIO.

(*) La exposición puede verse en la sede del Colegio, calle Barquillo, 15, desde el día 9 de este mes.



la fuga" es una de las obras cumbres de la música de todos los tiempos; ya he dicho, por otro lado, que es rara la oportunidad de oírla en Madrid. Pues bien: en ninguno de los dos conciertos que como he visto

esas increíbles masas de melómanos que, según nos cuentan, pían por ocupar el sitio que en el Real les usurpan contumaces burgueses, tosedores y somno-lientos, que prefieren monopolizar un abono de la Nacional a

dormir en su casa. Tampoco he visto a esos exquisitos que, desde que tenemos una democracia o así, se empeñan en repartir Cultura —vuelta a las mayúsculas, y no se me soliviantan, que encima le pongo una "K"— desde altos, altísimos cargos oficiales. Buena señal. ■ JOSÉ RAMON RUBIO.

ARTE

Emilia Nadal es una señora pintora, joven y bella, que acaba de celebrar una exposición en la galería Inguanzo. Eso de que una artista sea bella, siempre es muy de agradecer. Es como una cortesía suplementaria que se tiene para con el visitante de la exposición. Su ascendencia debe ser catalana, como su apellido, sin duda, indica. He ahí a otro catalán nacido lejos de la tierra solariega, como el pintor de mi crónica anterior. Y es que Cataluña es una tierra que, desde hace por lo menos mil doscientos años, produce artistas —entre otras cosas— muy pródigamente.

Fui a la galería Inguanzo para ver "una interesante exposición portuguesa", como me había dicho alguien, que estaba prologada, además, por mi amigo José Augusto França. Se me dirá que voy mucho a Inguanzo. Es cierto. Aparte de que sus exposiciones son interesantes, allí me siento un rato después de verlas y "el personal" sabe dialogar. Eso de saber hablar es otro arte que hay que mantener. Es que yo, lo confieso, soy un charlatán.

Emilia Nadal

Galería Inguanzo.
Madrid

Los cuadros de Emilia Nadal representan todos —todos— botes de conservas, asociados o dispersos, con sus anuncios correspondientes... Botes portugueses, franceses, americanos, rusos... Bien pintados, bien situados en su composición, bien... Pero no era ese el argumento de la pintora, ni tenía nada que ver con un problema de calidad pictórica el argumento del cual quería persuadirnos... No. Hay que dar por supuesto un leve, discretísimo, toque de humor y hasta de ironía... Por cierto, que el propio França no ha querido eludir una cierta actitud de sarcasmo



Gregorio Paniagua.



Juan Sebastián Bach.



Pablo Cano.